

¿Tiene que desoccidentalizarse el cristianismo?

R. Franco

E. R. von Kuehnelt-Leddihn: ¿Tiene que desoccidentalizarse el Cristianismo?

El autor lo pone así, con interrogación, porque piensa que la consigna llega demasiado tarde. En el siglo XVII y XVIII los grandes pioneros de las misiones jesuíticas tal vez podrían haber cambiado el aspecto actual de la cristiandad de América y de Asia, si no hubieran sido obstaculizados por París y por Roma. Pero hoy se pregunta el autor si la Iglesia no está "sin esperanza" y para siempre occidentalizada y si además no va el mundo entero a la occidentalización. Esto último le parece al autor un hecho, una fatalidad. Prescinde de discutir si además de ser una fatalidad es una catástrofe.

El primer problema que plantea el autor está visto con penetración, aunque la contextura y la amplitud de un artículo de periódico no dan margen para discutirlo en profundidad: En la cultura europea hay una interacción entre cristianismo y cultura

DIALOGO con las revistas

de modo que es dificultoso determinar si la cultura europea es ante todo cristiana o es ante todo europea. Para el autor, el elemento decisivo es sin duda el cristianismo. Tan lejos estaban de los romanos los Sármatas (o los eslavos) como los indios, y sin embargo, a pesar de que en Rusia no han entrado Aristóteles, ni la escolástica ni el derecho romano, Rusia está infinitamente más cerca de nosotros que la India. En este caso habría que confesar que el elemento unificante no es, estrictamente hablando, la cultura, sino lo cristiano. La conclusión, aunque el autor no la pone de una manera tan precisa, es: ¿Hasta qué punto podemos separar en la cultura occidental lo que es cristiano y lo que es meramente cultural? Y naturalmente, para hablar de una desoccidentalización del cristianismo lo primero que tenemos que preguntarnos es qué es lo específicamente occidental en oposición a cristiano.

Para determinar qué es lo europeo cree el autor que hay que tener una cierta distancia de lo europeo, es decir, que hay que haber vivido en otras culturas para poder determinar lo específico de nuestra cultura. Lo específicamente occidental (para el autor son sinónimos: europeo y occidental) es: La inquietud y la curiosidad, la concepción lineal "no-conservadora" de la existencia, intelectualismo y racionalismo, el sentido para la realidad objetiva, la valoración del individuo, el primado de la conciencia y de la decisión libre, el sentido del "suum cuique" y el humanismo que hace al hombre —después de Dios— la medida de todas las cosas. El racionalismo moderno es, según Bochenski, un nieto de la escolástica, y en nuestra tendencia a lo racional no ha tenido gran influjo el fideísmo protestante. Pero a estas características de lo europeo y a otras que se pueden añadir (la labor de investigación, el liberalismo, las Universidades en sus dos sentidos, las revoluciones, el sentido agudo del tiempo, etc.) hay que añadir también *la técnica*. De hecho, la técnica se ha desarrollado sólo en ambiente cristiano y el ingeniero y el médico, nacidos a la sombra de la Iglesia, han sido los que han fascinado a los otros pueblos de la tierra. La técnica proviene, según el autor, del mandato bíblico de someter a la tierra.

Precisamente la técnica es el punto de partida para plantear el otro aspecto del problema: el mundo se occidentaliza. El problema es complicado porque el occidente penetra en el resto del mundo por un frente múltiple: emigración física, misión religiosa, dominio colonial y cultura y civilización combinadas. Teniendo en cuenta este frente múltiple se puede comprender que la rebelión actual contra el mundo occidental es en realidad una pseudo-rebelión. En realidad, con la excepción de la hegemonía colonial, los pueblos quieren tener prácticamente todo lo nuestro, incluidos nuestros vicios. La ideología occidental está trasformando los pueblos no occidentales de una manera más profunda y más rápida de lo que se trasformó Europa con el redescubrimiento de la antigüedad en el Renacimiento.

Puestas estas premisas, se entiende perfectamente el problema del autor: ¿Tiene sentido el que la Iglesia se desoccidentalice

precisamente ahora cuando todo el mundo se está occidentalizando? ¿No tiene peligro la Iglesia de convertirse actualmente en la conservadora de antiguallas que están llamadas a desaparecer y precisamente cuando están a punto de desaparecer?

El artículo de E. Ritter von Kuehnelt-Leddihn tiene el mérito de prevenirnos para que no convirtamos el problema de la encarnación de la Iglesia en otras culturas en un slogan fácil y superficial. El peligro, a nuestro entender, puede ser doble: Por una parte, existe el peligro de confundir la desoccidentalización con la aceptación de una serie de elementos culturales o meramente folklóricos, totalmente periféricos, que en realidad no afectan en absoluto a la ideología cristiana. Naturalmente puede, y en muchos casos debe, la Iglesia eliminar elementos accidentales, extraños a otras culturas, que pueden ser un obstáculo a la evangelización. Pero muchos de estos elementos son también extraños a la Europa de hoy.

Por otra parte, tiene que estar también alerta la Iglesia para no incorporar elementos (sobre todo en la Liturgia) que están destinados a desaparecer con la occidentalización creciente del mundo. En caso contrario, la Iglesia podría convertirse en un museo para la conservación de interesantes muestras del folklore nacional, pero cuyo puesto no está en la Iglesia, sino en un museo de Etnología. El construir una iglesia en forma de pagoda en una ciudad que se está poblando de edificios modernos de cemento, puede resultar tan desplazado como el gótico de escayola en nuestras ciudades actuales.

Por otra parte, el autor nos previene contra la ilusión de hacer una disección demasiado fácil entre cristianismo y cultura occidental. Algunos parecen creer que el contenido dogmático cristiano puede retroceder a un estadio de indeterminación y de fluidez que le permita ser remodelado en los moldes de otras filosofías distintas, china o india por ejemplo. Se preguntan qué aspecto tendría hoy el cristianismo, si la semilla evangélica hubiera caído y hubiera crecido en el continente asiático en vez de hacerlo en Europa. Tal vez hubiera que invertir la pregunta: ¿qué aspecto presentaría hoy Europa, si no hubiera caído en ella la semilla evangélica? Ciertamente, la disección de los dos elementos no es fácil. No es fácil determinar en todo caso qué elementos ha incorporado a sí la revelación, la *fides quaerens intellectum*, para transformarlos y asimilarlos, convirtiéndolos en carne de su carne, y qué es simplemente superestructura, andamiaje, prótesis de la que ya no tiene necesidad para seguir caminando. Entre los intransigentes, que no se atreven a prescindir ni aun del más extrínseco andamiaje jurídico por temor de que se derrumbe todo el edificio de la fe, y los que, a fuerza de eliminar cosas que consideran accidentales, reducen el cristianismo a una pálida filantropía, tiene que haber un término medio. El cristianismo, aunque no tenga, naturalmente, la plasticidad de los primeros tiempos, tiene que conservar la suficiente flexi-

bilidad vital para seguir asimilando nuevos elementos y para eliminar los que han perdido vitalidad. El problema está en que en el organismo vivo de la Iglesia, el cómodo expediente de "cortar por lo sano", no es viable. La solución sólo puede venir en cada momento de la investigación paciente y dócil para separar lo esencial de lo accidental. En algunas ocasiones, además, el Espíritu Santo intervendrá, sea con una efusión de santidad, de carismas que revitalicen la Iglesia, sea con un cataclismo que tire por tierra cosas que habíamos considerado tal vez como intangibles, y que la Iglesia venía arrastrando como un peso muerto que dificultaba su caminar.

